

CAPÍTULO XXXIV.

Rebelion del general Ortega.—Sentimientos de odio y de indignacion que despierta en el pais.—Sus tropas le abandonan.—Anda fugitivo por los montes.—Es hecho prisionero en Calanda y conducido á Alcañiz.—Prision del general carlista Elio y de otros personajes importantes de este partido.

No es posible apartar hoy la vista, 3 de Abril, del hecho horrible que enciende el pecho de ira y de indignacion. En todos los puntos de España no se habla de otra cosa, y pronto, muy pronto habrá adquirido en Europa una triste celebridad.

Traicion tan repugnante raya en los límites de lo increíble. Al estallar la guerra de Africa nos parecia poder responder con seguridad de la lealtad de todos los españoles. Hasta la sombra de la sospecha ofendia el corazón. Cuando el gobierno no consideró prudente admitir los ofrecimientos de algunas personas que habian combatido en el ejército de D. Carlos, habríamos respondido con nuestras cabezas de la sinceridad y patriotismo de aquel desventurado partido. Cuando los periódicos, mejor enterados hablaron ultimamente de trastornos políticos, no creimos que la intencion de ningun partido español pasase mas allá del deseo de alarmar los ánimos para aprovechar en beneficio propio una agitacion artificial y engañosa. El pueblo recibia sonriendo las noticias que consideraba absurdas.

Pero esta vez se quedó corta la imaginacion. Ni los periódicos que hablaban de planes carlistas, ni el gobierno, ni los mismos carlistas que conserven en su pecho un átomo de honradez habrian

creído lo que ya es un hecho de que todos quisiéramos poder dudar.

El levantamiento de los Hierros tan conocidos por sus crímenes en Castilla, en los momentos en que hasta los presidiarios de Africa, combatiendo contra el enemigo de la patria, sentian renacer en su pecho los sentimientos de honor y de patriotismo, podia haber sido considerado como una aberracion monstruosa del fanatismo ó de la ambicion, como un instinto salvaje del que solo goza en la sangre y el crimen. El partido carlista aprovechando la ocasion para realizar sus locos sueños en que los soldados españoles derraman su sangre en el territorio enemigo, combatiendo por el honor de la patria, madre tambien de los carlistas, habria parecido ó los ojos del mundo un partido infame é insensato. Es imposible que los que en ese partido combatieron con fé y lealtad, no sientan cubierto el rostro de verguenza y no rechacen con la indignacion que todos rechazamos una traicion tan inaudita.

Hay hechos que jamás podrá disculpar el fanatismo mas intolerante y ciego, hechos que atañen á la honra y que todas las naciones y todos los siglos miran con repugnancia y horror.

Dicese que en París hubo una reunion de altos personajes del partido carlista, que en Madrid hubo otra, cuéntase que algunos generales fueron solicitados, y que alguno de los mas apasionados adversarios del actual gobierno rechazó con indignacion las propuestas que se le hicieron. Coméntanse las entradas y salidas de conocidos personajes, las prevenciones y seguridades que otros han tomado, susúrrase de jugadas de Bolsa destinadas á reparar mal ganadas y descalabradas fortunas, de alianzas infames, de hechos que parecen absurdos. El lábio se resiste á pronunciar la acusacion tremenda que se levanta con grito unánime en la conciencia del pueblo. Los mas incrédulos creen, los mas cautos y prudentes dudan. Nadie presenta el rostro para negar ó para defender.

Pero lo mas absurdo, lo mas increíble es una triste realidad. La negra traicion, la infame traicion del general Ortega.

En los momentos críticos que atraviesa la política europea, cuando todos hablamos de defender nuestras costas y nuestras codiciadas islas, cuando todos los recelos y todas las desconfianzas nos parecen prudentes y fundadas, cuando una guerra sangrienta cuyo término no era dado asegurar devoraba nuestras riquezas y la sangre de nuestros hermanos, un general español abandona el puesto confiado á su honra, un general liberal alza el pendon de Carlos VI, un general con quien fueron tan pródigos y derrochadores la suerte ó el favor, vende su puñal de traidor al

oro ofrecido no sabemos por que inicuas manos. No hay ejemplo de un hecho semejante en la historia de muchos siglos. El fanatismo político, la venganza, arman muchas veces el brazo de los traidores. ¿Qué pretexto puede atenuar el asqueroso crimen del general Ortega? El trabuco de los Hierros brilla con honra al lado de la espada del malhadado general. Los que arrancaron al general Ortega de las cárceles de San Francisco, los que olvidando las calaveradas y veleidosidad del adversario político creyeron acallar su ambicion con tan señalada muestra de generosidad y confianza, ¿cuan distantes estaban de sospechar que en el pecho humano cupiese tan horrenda ingratitud?

Hacia algunos dias que, la prensa liberal, juzgando por síntomas que consideraba alarmantes, y fundada tambien en el conocimiento del caracter del partido carlista, venia llamando la atencion del público y del Gobierno sobre los planes de trastorno y revolucion atribuidos á los enemigos del trono constitucional y de la dinastia reinante.

Un periódico que pasaba por órgano del partido absolutista, y tenia numerosas relaciones entre los antiguos servidores del pretendiente, *La Esperanza* en fin, acogió los pronosticos y advertencias de la prensa con risa y chacota. No pudo elegir mejor ocasion ciertamente, para salir á la defensa del partido que se acusaba. Mientras ella procuraba con desenvoltura tranquilizar ó alucinar al público tachando á los diarios liberales de visionarios, unos facinerosos, á quienes *La Esperanza* ha retratado siempre á guisa de héroes, empleando todo su ingenio para darles popularidad y estimacion, y para quienes pedia un puesto al lado de nuestros valientes y leales soldados de Africa, los Hierros por un lado se alzaban de nuevo en las montañas de Burgos, y se preparaban á defender, á manera de foragidos, la causa del proserito Montemolin; en tanto que hacia el Mediodia de la Península, en las Baleares, un general á quien el Gobierno habia encomendado uno de los mandos militares mas importantes de España, don Jaime Ortega, capitan general por Isabel II de aquellas islas, renegaba de la fidelidad jurada á su legitima soberana, y manchaba el uniforme que vestia sublevándose contra ella y aclamando al hijo del que se tituló Carlos V.

Pero dejemos á un lado á la *Esperanza* y á la prensa titulada monárquica (no decimos religiosa, por respeto á la religion), dejémosla responder ante el pais de la impudencia, del culpable extravío con que perennemente ha defendido las doctrinas mas con-

trarias al régimen político vigente, las personas de los que han adquirido el nombre que tienen peleando contra Isabel II niña; dejémosla abrumada bajo el peso de esta inmensa responsabilidad, y ocupémonos del hecho en si, sin ocultar ni disminuir las proporciones con que sale á luz.

Toda España sabe que el plan que hace algunos dias venia denunciando la prensa liberal era mas vasto, de mayor inportancia que lo que buenamente podiamos suponer. No son los guerrilleros Hierros los únicos que á estas horas se han alzado, proclamando á Carlos VI, la conspiracion tenia mas ramificaciones, databa, sin duda, de mucho tiempo atrás (probablemente desde el principio de la campaña de Africa), y contaba con elementos que no concurrieron en otras conspiraciones. Personas de funesta celebridad que ocupan el principal lugar en la faccion montemolinista, y su mismo jefe y cabeza, se habian puesto en movimiento en el extranjero, con ánimo de penetrar en España, y con la esperanza de encontrar en su seno algun traidor, ansioso de legar su nombre á la historia como tipo de los traidores, y su cabeza al suplicio para escarmiento de los que, en lo futuro se atrevan á serlo.

Ya nos hemos manchado los lábios pronunciando el nombre del traidor. Don Jaime Ortega era el único español capaz de vender á su Reina y á su patria, conspirando contra aquella y abandonando las plazas que esta habia confiado á su custodia, para alzar la bandera de la rebelion.

Resignémonos á narrar este suteso vergonzoso. El capitan general de las islas Baleares, Don Jaime Ortega, sirviéndose del mando que la Reina le confió, para conspirar contra ella y arrojar el mas feo borron sobre el ejército español, ha sido insensato hasta el punto de aclamar, como dijimos, al conde de Montemolin. Habiendo fletado en el extranjero un vapor inglés y otro francés, por conducto, sin duda de sus cómplices, y so pretexto, problamente, de la guerra de Africa, embarcó en ellos las tropas que guarnecian á Mallorca, simulando que las conducia á Mahon para comprimir un levantamiento que en esta plaza habia ocurrido. Auxiliado por varios jefes carlistas que se le habian reunido, y sin duda por algunos otros jefes ú oficiales del ejército, capaces de asociarse á tal empresa, creyó que podria arrastrar á las tropas á hacer armas contra su legitima Soberana.

Escribimos enrojecido de vergüenza el rostro y temblándonos de indignacion la pluma en la mano. La Europa, ante la cual

nos habíamos presentado alta la frente, con el laurel de la victoria en las manos, reclamando, á nombre de la civilizaci6n cuya causa hemos ido á defender al Africa, y por la cual se ha vertido la mas pura y generosa sangre española, el puesto que nos corresponde en el Congreso de las naciones; la Europa admirada, que veía en esa guerra una revelaci6n de nuestro poder naciente, un cúmulo de revelaciones de organizaci6n, de órden, de patriotismo, de fuerza; Europa sabrá á estas horas que, mientras el ejército llevaba delante de sí hácia los muros de Tánger á los marroques vencidos, abrigaba España traidores, aliados de estos, que, con la intriga y por los armas, intentaban renovar la guerra civil y manchar en un solo instante, la gloria adquirida á costa de tantos sacrificios.

Conservamos, á pesar de todo, el ánimo bastante sereno para afirmar, con la mas íntima convicci6n y la mas profunda seguridad, que no lo conseguirán.

Cualesquiera que sean los elementos con que los conspiradores cuenten, ya tengan oro, ya se hallen estimulados por promesas de apoyo de personajes políticos, todo eso es una gota de agua en el Océano, ante el patriotismo y la lealtad de la Naci6n entera. Fuerza armada hay en el día en la península, sin llamar un solo soldado de Africa, diez veces mas que suficiente para mantener y restablecer el órden y escarmentar á los revoltosos; pero aun cuando no hubiese un solo regimiento, el éxito de cualquier subversi6n seria de la misma manera lastimoso. El insulto de que los conspiradores se hacen responsables, no es tanto en las actuales circunstancias un insulto al régimen establecido, al monarca reinante, como un insulto á la patria.

Sirva esta consideraci6n para apartar de nosotros toda piedad hácia los culpables. Formado está por ellos mismos su proceso, dada por ellos la sentencia; y al levantar la cabeza, puede decirse que solo la levantan para entregarse á la vindicta de la patria ofendida.

El Trono constitucional de doña Isabel II ha resistido á embates incomparablement mas recios que los que en el día pudiera sufrir; se halla hoy demasiado identificado con la Naci6n, con su suerte y con sus glorias contemporáneas, para que una conspiraci6n mezquina, deplorable principalmente porque viene á turbar y manchar la alegrí a del mas puro patriotismo, signifique otra cosa mas que una loca tentativa de unos cuantos aventureros. Y el contraste entre el entusiasmo de España hácia la Reina que la

ha cubierto de gloria, enviando su ejército al Africa, para que venga el honor nacional y conquiste laureles, y la traici6n de don Jaime Ortega, es tan grande que parece dispuesto con objeto de realzar aquel y de hacer esta mas fea y despreciable.

Esto no obstante, creemos deber nuestro como amantes y defensores del trono constitucional de Isabel II, manifestar nuestro ardiente deseo, de que aparezca hoy mas firme é incontrastable que nunca, viendo agrupada en torno suyo á toda la Naci6n, y castigados pronto y severamente á los que se atrevieron á combatirle.

En las críticas circunstancias en que nos hallamos, cúmplenos recomendar eficazmente á todos los buenos españoles, á todos los que aman de veras á su patria, cualquiera que sea el matiz á que pertenezcan, que no se dejen alucinar por sugestiones de los que libran la esperanza de su ambici6n en los trastornos y en el desasosiego públicos.

La situaci6n actual que simboliza el ministerio O'Donnell, despues de haber establecido el órden en el interior y la moralidad en la administraci6n pública, ha emprendido una guerra nacional que ha despertado la simpatía del país y elevado sus miras y sus esperanzas á donde hace muchos años nadie habia osado elevarlas. En esa guerra no hemos conquistado territorio; pero hemos alcanzado el aprecio y la consideraci6n de la Europa; hemos demostrado que con raz6n podíamos aspirar á un puesto entre las grandes naciones, y hemos dado pruebas de uni6n patri6tica de que algunos en el extranjero estaban muy lejos de creernos capaces.

Durante este tiempo la habilidad y pericia militar del general en jefe; la prudencia y prevision del Gabinete y el valor indomable de nuestro ejército han hecho que cada combate sea una victoria, que cada batalla sea un triunfo completo, que cada contratiempo quede inmediatamente remediado, que no tengamos que lamentar ningun revés; ningun desastre de los que algunos habian profetizado y que solo haya que deplorar los males é inconvenientes que acompañan á todas las guerras, aun las mas afortunadas y menos largas.

Hemos hecho grandes gastos; pero hallándose el tesoro en situaci6n desahogada, no han pesado sobre el contribuyente los gravámenes y tributos extraordinarios que habria tenido que sufrir si hubiesen sido otras las circunstancias.

No ha habido, pues, durante la guerra, no digamos motivo

pero ni siquiera el menor pretexto para suscitar ninguno de esos trastornos que algunas veces han servido para crear dictaduras y seguir un sistema de reaccion opuesto á los deseos, á los sentimientos y á las necesidades del pais y del trono.

Hoy se ha hecho la paz, una paz honrosa para nuestras armas y para la nacion que se ha elevado en la consideracion de los extranjeros hasta un punto muy alto: pero esa paz, honrosa y todo como es, no ha satisfecho una parte de las ilusiones que ánimos mas ó menos ardientes y extraviados habian podido formarse. Esto es natural, no podia presumirse que las estipulaciones de paz que son una cosa concreta y que se presta á multitud de apreciaciones y puntos de vista, gustasen á todos y cada uno de los españoles, como agradó la declaracion de guerra en la cual pudieron unirse las voluntades impulsadas por distintos móviles, además del móvil comun del patriotismo. Pero de esta diversidad de pareceres tememos que haya quien pretenda aprovecharse en daño de la libertad.

Tengamos en cuenta que en ciertas épocas en que el Gobierno se ha circunscrito á la ley y ha respetado la Constitucion y los derechos de todos, los disturbios promovidos no han tenido otro resultado sino el de provocar una reaccion contra las instituciones liberales. Los enemigos de la libertad jamás se presentan á pecho descubierto para combatirla: buscan instrumentos que sin saberlo ellos y creyendo de buena fe que trabajan en favor de las instituciones liberales minan sus cimientos. No queremos citar hechos porque no tratamos de herir á ninguna persona, ni menos á ningun partido, pero nuestra historia contemporánea abunda en ejemplos de motines promovidos bajo pretextos liberales que se han vuelto al fin en contra de la libertad.

Nada podria ser mas grato á los enemigos de la libertad, á los que no ven garantia para el orden sino en el despotismo, nada podria ser mas halagueño para tener un pretexto en que apoyarse, al decir como dicen que sin un régimen absoluto es imposible conservar el orden en España que un trastorno político en cualquier poblacion de la Monarquía.

Los que alteren el orden, por mas que sea en sentido opuesto al carlismo, favorecerán sin saberlo la causa de Montemolin, servirán de instrumentos al bando absolutista que sale á la palestra con nuevos bríos, auxiliado quizás por los que hasta ahora no eran mas que sus amigos encubiertos.

Ténganlo entendido los ilusos, y no se dejen seducir por los ene-

migos de las instituciones constitucionales. La guerra es contra la Reina y la libertad á favor de Montemolin y del despotismo.

La rebelion del general Ortega ha quedado sofocada en su origen por la lealtad de las tropas á quienes llevaba engañadas y por el buen sentido del pais. El pais, satisfecho de la bondad de la marcha del Gobierno, ateniendose estrictamente á la ley respeta los derechos de todos; el pais, contento con la conducta tolerante y liberal del Gobierno que ha acabado con los estados de sitio, con las prisiones arbitrarias, con los destierros, con las cuerdas á Filipinas con el sistema terrorífico de las anteriores administraciones; el pais, que temeroso de la vuelta de lo pasado se adhiere á lo presente, aun en aquellas circunstancias en que pueda dudarse si lo presente llena ó no completamente sus deseos, el pais ha visto con indignacion la rebelion del capitan general de las Baleares y se ha apercebido desde luego á concluir con ella de una vez. Las tropas participando del mismo sentimiento, modelos de lealtad á sus banderas, y en quienes la situacion actual ha logrado establecer la mayor disciplina en medio del mejor espíritu; las tropas á quienes la guerra de Africa ha animado de los sentimientos mas elevados de dignidad y honor nacional, no podian seguir al general Ortega desde el momento en que les fueron conocidos la bandera que enarbolaba y el objeto del movimiento.

El espíritu del pais y el espíritu de las tropas, todo ha contribuido á poner término á esa rebelion incalificable; y la bandera de Carlos VI, aun con el aditamento de constitucional y de Cortes constituyentes, no ha podido ni aun desplegarse franca y abiertamente.

Regocijémonos del resultado; pero volvamos la vista á otras épocas y observemos si hubiera sido tan fácil en otras circunstancias sofocar un movimiento como el que se ha verificado.

Es para nosotros indudable que el general Ortega no estaba solo en su proyecto; que en otras partes, en España como en el extranjero habia cómplices, directores, fautores del complot. El ejército en gran parte se halla empeñado en una guerra fuera del pais: este se encuentra á sus solas fuerzas: poderosos extranjeros han mostrado cierta hostilidad á las cosas de España; dentro de la España misma existen partidos descontentos. Si á todas estas circunstancias se hubiera agregado la desdicha de tener una administracion como algunas de las pasadas: si al mismo tiempo hubieramos visto á la cabeza del Gobierno un Ministerio arbitrario,